



Para dejar atrás cien años de dolor, dos uitotos lideraron un ritual en el que destaparon el Canasto de la Abundancia y la Esperanza, y cerraron el de la Tristeza. Fotos: Antonio Morales

El Canasto de la Tristeza uitota se cerró para siempre

El 12 de octubre, los gobiernos de Colombia y Perú le pidieron perdón a esta etnia por haber sido cómplices del asesinato de 40.000 de ellos, que eran esclavos de la Casa Arana. Crónica.

Antonio Morales Riveira
Para EL TIEMPO

La Chorrera (Amazonas). Cuando un hombre y una mujer uitotos destaparon el pasado 12 de octubre el Canasto de la Abundancia y la Esperanza en la plazuela de la innumerable Casa Arana en La Chorrera, la tristeza se volvió vapor de memoria.

El dolor incubado cien años en las mentes y las pieles de los sobrevivientes subió hacia la atmósfera densa de la Amazonia, y una bandada de loros se lo llevó en sus alas y con su gritería hacia los territorios donde las torturas y las masacres se fijan en el tiempo y el espacio para convertirse en historia.

Desde ese momento, y con ese ritual hecho metáfora, el Canasto de la Tristeza quedó cerrado para siempre. Un siglo entero de olvido se desvaneció y le dio paso al porvenir. Las fuerzas de la sobrevivencia y de la resistencia se conjugaron para permitir el triunfo de la vida y el reconocimiento de las etnias del Predio Putumayo, el mayor resguardo del país, con seis millones de hectáreas de selva, entregado a los indígenas en 1988.

Este 12 de octubre, los gobiernos de Colombia y Perú finalmente le pidieron perdón a los nativos, por haber sido cómplices del asesinato de 40.000 o quizás más personas, los entonces esclavos de la Casa Arana, la mayor explotadora del caucho en el Amazonas y el Putumayo. El jaguar, la fuerza misma de la tierra, tótem de las selvas y guía de la conciencia indígena, por fin les cobraba su silenciosa revancha a la espada y la cruz.

Cien años atrás, en 1912, empezaba a conocerse el más atroz etnocidio cometido en la sangrienta historia de Colombia, contra los pueblos uitoto, bora, miunane y okaina.

Hacia 1907 la Casa Arana cambió su razón social por Peruvian Amazon Company, con sede en Londres y con fuertes relaciones con el capital colonial inglés. Desde entonces en Bogotá y Londres ya se conocían los horrores de la cacería de indígenas, del cepo. Pero tan solo el martirio tomó forma en 1910, cuando el gobierno britá-

"Nos martirizaron y mataron de hambre. Un indígena, antes de morir, se comía los gusanos de sus heridas."

Raúl Teteve
HISTORIADOR
UITOTO

"Cien años atrás, en 1912, empezaba a conocerse el más atroz etnocidio cometido en la sangrienta historia de Colombia, contra los pueblos uitoto, bora, miunane y okaina."

nico le encomendó a su cónsul en Río de Janeiro, Roger Casement, investigar las denuncias. El cónsul viajó a la zona y concluyó que los blancos, apoyados por trabajadores y capataces negros provenientes de Barbados, obligaban al trabajo forzado a los indios, y a quienes no cumplían las cuotas se les mataba en el cepo, flagelados, torturados, tiroteados o apuñalados. La guerra de 1914 y los intereses de los plutócratas de entonces llevaron el asunto al olvido, y la Casa Arana pudo seguir "trabajando" hasta 1932.

Al coro de denuncias se había unido el escritor José Eustasio Rivera con su magna obra *La vorágine*, pero tan solo la guerra entre Perú y Colombia logró que los peruanos fueran expulsados de La Chorrera. Así terminaron tres décadas de sistemática masacre, una auténtica panoplia de todos los crímenes de lesa humanidad.

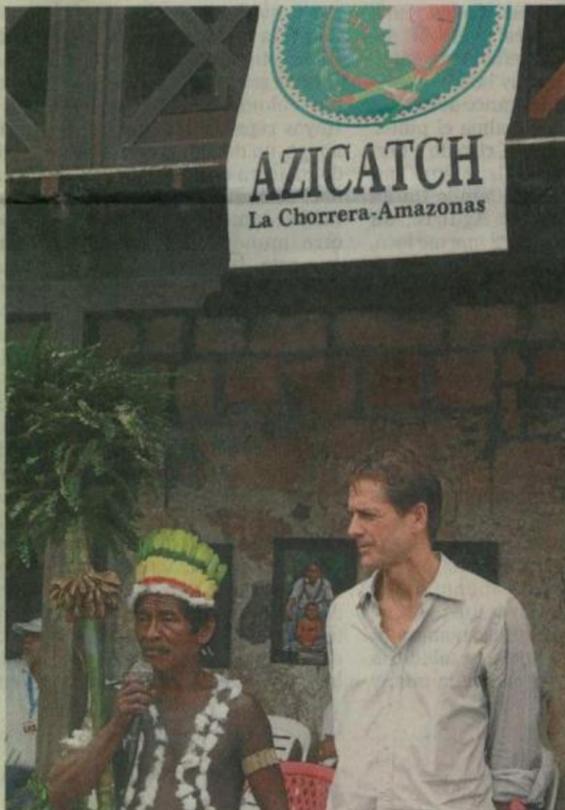
Se calcula que en los 30 años de imperio de los Arana, el 95 por ciento de los indígenas fueron desplazados. Solo hasta este 12 de octubre algunos de sus descendientes llegaron, tras una o dos semanas de trayecto, desde Perú y Brasil. Tíos y primas de tercera o cuarta generación se encontraron el pasado viernes en el patio de la Casa Arana. No pocas lágrimas cayeron sobre esta tierra signada por la fertilidad, pero también por la ambición y el infinito egoísmo de los "civilizados".

El viernes, el perdón era la palabra definitiva. Lo pidieron los blancos, los gobiernos de Colombia y Perú. Lo dieron los líderes de las comunidades. Tan solo el embajador del Reino Unido, John Dew, de paseo por esas tierras con su sombrero de safari, no dijo nada. Apenas unas frases de cajón. Ni una sílaba de arrepentimiento por lo que sus antepasados hicieron en ese territorio.

El holocausto tropical

El viernes "de la raza", por la mañana, centenares de indígenas esperaban en la pista de La Chorrera a la comisión que conmemoraría el primer centenario del etnocidio, encabezada por Gabriel Muyuy, director del Programa Presidencial para Pueblos Indígenas. El Dornier de Satena sobrevoló el pueblo y el chorro sagrado del río Igará-Paraná y, batiendo latas, se posó en medio del centro del mundo.

El acto se inició en la Casa Arana, hoy centro cultu-



A la ceremonia asistió Todd Howland, representante de la ONU.

ral y monumento nacional, histórico y arquitectónico, con danzas rituales de las cuatro comunidades que sufrieron el holocausto tropical. Los hijos de la coca, el tabaco y la yuca dulce, venidos de El Encanto, Alegría o Araracuara, bailaron para decirles a los visitantes que ahí están y que su ideología es la vida.

Aparecieron con sus danzas de cacería venidas de los bosques de galería de la memoria, con sus rituales de ofrendas de frutas, golpeando hombres y mujeres la tierra con sus bastones para llamarla a la fertilidad perenne. Y como telón de fondo, la Casa Arana, el lugar de los escalofríos y las fantasmagorías ocupado por ni-

ños y jóvenes (entre ellas vi a la muchacha más hermosa del continente), trocada su nauseabunda energía de muerte en un fluido cántico de futuro.

Allí, sobre la cancha de cemento, los boras, con su pancarta 'Cien años de resistencia' danzaban para endulzar el territorio de la playa del Igará-Paraná. No era difícil entender que para estos pueblos sobrevivir es la primera victoria. Y luego, la danza okoima, triste cántico atávico de aguas y soles. Ellos allá y nosotros, los blancos y mestizos, acá, en la tarima, cerca pero invariablemente distantes, occidentales mirando lo exótico, como siempre. ¿Cómo no pensar en medio de esas coreografías precisas en la fuerza enorme de la cultura indígena? ¿Cómo no pensar en la infinita cobardía de quienes cometieron el etnocidio en este Edén violado, y de quienes, aun hoy, masacran a la gente de paz?

Más danzas, generosas, marcando por primera vez el retorno mental hacia un sí mismo identitario.



Los niños preservan su lengua y participan en los rituales ancestrales.

Reencuentro, ojalá, con la unidad de estas naciones que sustentan la vida en medio de la manigua. Bebo agua de piña a su salud y por los tiempos mejores... Porque cien años es apenas ayer.

Terminadas las danzas, se cerró el Canasto de la Tristeza y se abrió el de la Esperanza. Las piñas y los cocos reemplazaron los suspiros y los llantos. En el nuevo canasto se cuece el sancocho de una deseada prosperidad. Huele a maloca y fermento, a piel y luz. Huele deliciosamente a palmas y a lejía de ropas para la ocasión. A algodones y colmos, a una cierta poética de la existencia sencilla y humilde de las gentes laboriosas. Una vez abierto el futuro vinieron las palabras de los líderes. José Emmanuel Kuetgaje: "En este evento de memoria y resistencia pensamos que no es tarde para la justicia y la reparación".

Raúl Teteve, historiador uitoto: "Nos martirizaron y mataron de hambre. Un indígena, antes de morir, se comía los gusanos de sus heridas. Les hacían cargar la leña para las piras donde eran quemados vivos. Los británicos mataban a los bebés de las mujeres que no cumplían la cuota estrellándolos contra las paredes, y luego tiraban los restos a los perros de monte. Las madres eran obligadas a verlo. Somos pueblos en riesgo de desaparición. No hay paz con excluidos. El olvido aún nos mata. Tenemos derecho a nuestra vida, nuestro territorio y nuestra cultura".

Y luego, en trío, dos hombres y una mujer uitotos hicieron sus exigencias a los delegados del Gobierno Nacional: "Antes que nada, que lo ocurrido no se vuelva a repetir. Nos cansamos de llorar tanto, y las buenas leyes no se cumplen. Queremos ser una entidad territorial con autonomía. Nuestro tejido social aún sigue desgarrado por la cauchería".

Gabriel Muyuy leyó entonces las palabras del presidente Juan Manuel Santos: "En nombre del Estado colombiano, a todos pido perdón por sus muertes, por sus huérfanos".

El coltán, el oro, el petróleo

Aproveché los discursos interminables de embajadores y demás funcionarios, para darme una vuelta por la Casa Arana. Donde había lamentos hay risas, donde había látigo, hoy se da el ritual de frutas para ablandar el corazón de los que llegan. El sol, el padre de estos seres generosos y amables, me saca hilillos de sudor. Lo siento ahí, calentando las emociones en este lugar donde la única brisa es la casi imperceptible producida por el movimiento de las protectoras sombrillas.

Oigo allá en el patio el rumor de aprobación de la comunidad ante las palabras de sus líderes: "aeaeaeoooo", gritan las gentes emplumadas y pintadas sus caras con la simbología de las fuerzas de la Madre Tierra. Vibra la cultura en la Casa Arana con sus salones ocupados por computadores, sus patios trasegados por jóvenes indígenas de celular y corte de pelo punkero. La vida se solaza entre el recuerdo de la muerte, de la postergación que hoy —por lo menos ritualmente— al fin termina.

Antes de regresar al acto, me quedo absorto ante un gran mural pintado por Santiago y Rember Yahuarcani. En alucinados colores de sueños y maniguas, los tres tiempos de la Casa Arana brotan de la pared. Antes, durante y después del horror. El pueblo perdura, el arte sustenta el futuro.

Pienso en el coltán, en el oro, el petróleo. ¿Seremos capaces de evitar que nuevas fiebres irracionales de plutócratas ataquen a los indígenas de hoy, acá y en otras regiones? ¿Seremos capaces de asumir el progreso sin crímenes? ¿Cómo hacer para que la riqueza natural no sea una maldición?

Las cuatro etnias, para finalizar, se declaran en "minga de pensamiento" para asumir el dolor del Canasto de la Memoria y echarle cabeza a la Esperanza. Al final de la tarde, el avión se eleva y absorbo hasta el último detalle del último árbol del infinito brócoli de la Amazonia que va quedando abajo. De regreso, Occidente cada vez me es más insípido. Me voy con la memoria reciente de la mirada de los uitotos. Son los mismos de antes, de siempre. Por Dios: ¡Lo que vieron esos ojos!